

LA SENTENCIA DORADA

Lord Dunsany/Alvaro Cunqueiro

PERSONAJES:

EL REY
EL GUARDASELLOS
EL PROFETA MAYOR
UNA NIÑA
UN NIÑO
DOS PROFETAS MAS
DOS CENTINELAS
DOS O TRES ESPIAS
UN EXTRANJERO
GENTE DE LA CASA REAL

LUGAR: Ante la gran puerta del palacio real en Zericón

TIEMPO: Pocos años antes de la caída de Babilonia

Los dos centinelas van y vienen por delante de la puerta real. Se paran y se sientan en las grandes escaleras que dan a la plaza.

CENTINELA PRIMERO.—Hace un día sofocante.

CENTINELA SEGUNDO.—¡Ojalá pudiera estar bañándome en el río!

CENTINELA PRIMERO.—¡Hace el mismo calor cuando se acerca tormenta que cuando cae una dinastía!

CENTINELA SEGUNDO.—Seguro que refrescará de noche. *(Pausa)*. ¿Qué estará haciendo nuestro rey a estas horas? ¡Apuesto a que está tomando refresco tras refresco, y los eunucos abanicándole! A reyes como el nuestro les es lo mismo ponerse en medio de una corriente de aire, que no les pasa nada.

CENTINELA PRIMERO.—Creo que pensaba ir al río en su barca de oro, con los embajadores persas de invitados. O ya volvió a palacio y está discutiendo con sus capitanes de las cosas de la guerra.

CENTINELA SEGUNDO.—¡Que los astros lo protejan!

CENTINELA PRIMERO.—¿Por qué dices que los astros lo protejan?

CENTINELA SEGUNDO.—Porque si una sentencia de los astros cae súbitamente sobre el rey, todo el reino se convierte en una gran polvareda, se derrumban los castillos, y vienen los monos y las fieras de la selva, y nadie sabría decir si aquí hubo un rey o no.

CENTINELA PRIMERO.—¡Lo que no sé es por qué habría de caer de los astros una sentencia contra el rey!



Alvaro Cunqueiro

CENTINELA SEGUNDO.—Porque poquísimas veces los desagradaba.

CENTINELA PRIMERO.—¡Al mismo rey le oí decir algo de eso!

CENTINELA SEGUNDO.—¿Qué son los astros para que un rey así los olvide? Los astros gobiernan el rayo, la peste y los terremotos.

Nuestro rey pasa el día recibiendo embajadores, hablando con sus capitanes, diciéndoles esto y aquello a los gobernadores de las provincias, pidiendo cuentas a los intendentes. Pero nunca vienen a palacio los sacerdotes de los astros.

CENTINELA PRIMERO.—¿No acabas de ver un relámpago? ¿No escuchas el rodar del trueno?

CENTINELA SEGUNDO.—¡Ya te dije que los astros están molestos! ¡Tienen que estarlo!

Por la derecha entra un extranjero, que se dirige a la puerta del palacio real. Los centinelas se levantan y se dirigen hacia él con sus lanzas.

LOS DOS CENTINELAS.—¡Detente! ¡Atrás!

EL EXTRANJERO.—¿Por qué?

CENTINELA SEGUNDO.—¡Hay pena de muerte para quien toque la puerta del rey!

EXTRANJERO.—¡Soy un extranjero de Tesalia!

CENTINELA PRIMERO.—¡Hasta los extranjeros tienen pena de muerte!

EL EXTRANJERO.—¡Esta puerta es extrañamente sagrada!

CENTINELA SEGUNDO.—¡Pena de muerte para quien la toque!

El extranjero baja las escaleras y se va. Los centinelas vuelven a sentarse. Entran un niño y una niña cogidos de la mano.

EL NIÑO.—(A los centinelas). Quiero ver al rey para pedirle un aro para jugar.

Los centinelas sonríen. El niño va hasta la puerta y empuja.

EL NIÑO.—¡No puedo abrirla! (Dirigiéndose a los centinelas). ¿Será lo mismo si le pido el aro a la puerta del rey?

CENTINELA PRIMERO.—¡Claro que es lo mismo! ¡Vete a jugar y déjanos en paz!

CENTINELA SEGUNDO.—(Formando visera con la mano derecha). ¿Viene alguien por los caminos?

CENTINELA PRIMERO.—(Imitando el gesto del otro). ¡No veo a nadie! ¡Con este calor no hay quien se mueva del patio de su casa! Allá abajo hay un perro. Es muy pequeño para que sea un hombre disfrazado.

CENTINELA SEGUNDO.—Entonces podríamos merendar algo. ¡Traigo para los dos en mi bolsa!

Mientras los centinelas comen y beben, el niño se acerca a la puerta.

EL NIÑO.—¡Puerta del rey, quiero un aro para jugar, aunque sea pequeñito!

LA NIÑA.—Mi padre es un soldado mucho más alto que éstos.

EL NIÑO.—El mío sabe escribir, y me enseñó las letras.

LA NIÑA.—Escribir no mete miedo a nadie. ¡Mi padre es soldado!

EL NIÑO.—Yo tengo una pepita de oro. La encontré en la ribera de Gishon, en la arena.

LA NIÑA.—Pues yo tengo una canción. ¡La encontré en mi cabeza!

EL NIÑO.—¿Es muy larga?

LA NIÑA.—No, porque no tenía palabras que cuadrasen con cielo.

EL NIÑO.—¿Cómo es?

LA NIÑA.—

Vi una paloma carmesí
volar por el alto cielo
con las alas de rubí...

EL NIÑO.—¡La vi morir!

LA NIÑA.—¡Ese verso no cuadra!

EL NIÑO.—¡Qué importa! ¡Yo la vi morir!

LA NIÑA.—¿Te gusta?

EL NIÑO.—¡No hay aves carmesíes!

LA NIÑA.—¡Pues la mía lo era!

EL NIÑO.—¡Como quieras!

LA NIÑA.—No te gusta mi canción.

EL NIÑO.—Sí que me gusta.

LA NIÑA.—¡No te gusta, porque no viste aves carmesíes!

EL NIÑO.—No las ví, pero me gusta tu canción.

LA NIÑA.—¡No! ¡No te gusta!

EL NIÑO.—Me gusta tanto que la voy a escribir en la puerta del palacio del rey. La voy a escribir con mi pepita de oro. ¡Ya verás qué bien quedan las letras de oro en la puerta de hierro!

LA NIÑA.—¡Escribe! ¡Cuando esté escrita, pensaré que mi canción es una canción de verdad! ¡Una poesía!

El niño empieza a escribir. Los centinelas acaban de merendar y guardan las sobras en sus bolsas. Uno de ellos eructa.

CENTINELA PRIMERO.—¡Esta vida se lleva bien! ¡Lo peor es si nos mandan a la guerra!

CENTINELA SEGUNDO.—¡Si por lo menos fueran grandes guerras! ¡Pero andar por los caminos montañoses tras los insurrectos...!

CENTINELA PRIMERO.—Cuando un hombre marcha a la guerra, la niebla de los dioses se hace más espesa entre nuestros ojos y el futuro. ¿Quién sabe si va para una guerra larga o una corta?

CENTINELA SEGUNDO.—Con los insurrectos de la montaña será una guerra bien pequeña.

CENTINELA PRIMERO.—Sin embargo, algunas veces los dioses se ríen.

CENTINELA SEGUNDO.—¿De quién?

CENTINELA PRIMERO.—De los reyes. Se ríen a carcajadas.

CENTINELA SEGUNDO.—¡Ni que tuvieras miedo a salir al monte!

CENTINELA PRIMERO.—El rey es poderoso. No hay otro como él. Tiene más oro y plata que todos sus antepasados juntos. Y más piedras preciosas. ¡Cada vez es más poderoso! ¡Demasiado! Y cuando los reyes son tan poderosos como el nuestro, los astros sienten celos.

CENTINELA SEGUNDO.—¡Déjate de charla! ¡Vamos a ver si viene alguien por el camino de la ribera!

Los centinelas bajan media docena de escaleras. Mientras tanto, el niño acabó de escribir en la puerta del palacio.

EL NIÑO.—¡Ya está escrito! ¡Me enseñó mi padre!

LA NIÑA.—¿Ya está, de verdad? ¡Lee!

EL NIÑO.—Dice

Vi una paloma carmesí
volar por el alto cielo
con las alas de rubí.
La vi morir.

LA NIÑA.—El «la vi morir» no es mío.

EL NIÑO.—No importa. Queda mejor así.

Llega un espía real, les hace una seña a los centinelas, y se va.

LA NIÑA.—¡Ese hombre me metió miedo!
 EL NIÑO.—Me parece que es uno de los espías del rey.
 LA NIÑA.—¡Vámonos ya!

Los centinelas vuelven a pasear por delante de la puerta. Uno se dirige a los niños.

CENTINELA PRIMERO.—¿Qué hacéis aquí tanto tiempo? ¿No tenéis otro sitio donde jugar? ¡Igual sale el rey y os come!

Los niños salen corriendo. Pasa otro espía, y después un tercero, que se da cuenta de que hay algo escrito en la puerta del palacio real. Silba. Vuelven los dos espías primeros, y el tercero les enseña la inscripción de la puerta. Silban los tres a la vez. La puerta se abre y aparece el rey coronado y vestido de púrpura, seguido del Guardasellos. Los centinelas inclinan sus lanzas. El primer espía corre hacia el rey, se arrodilla, y señala con la mano la puerta de hierro.

ESPIA PRIMERO.—¡Hay algo escrito en la puerta real!

EL GUARDASELLOS.—¡En la puerta real!

EL REY.—¿Quién anduvo por aquí desde esta mañana?

CENTINELA PRIMERO.—(Arrodillándose, tirando la lanza al suelo y cruzándose de brazos). ¡Nadie, majestad, salvo un extranjero de Tesalia!

EL REY.—¿Tocó la puerta de hierro?

CENTINELA PRIMERO.—No, majestad. Estuvo cerca de ella, pero no la llegó a tocar. ¡Estábamos nosotros dos con las lanzas para impedirlo!

EL REY.—¿Por dónde se fue?

CENTINELA PRIMERO.—Camino del mercado.

El rey le hace una seña a uno de los espías, y le habla al oído. El espía sale corriendo. A los espías que quedan junto a la puerta:

EL REY.—¿Qué dice ahí?

UN ESPIA.—No sabemos leer, majestad.

EL REY.—Un espía debe saber de todo.

OTRO ESPIA.—Nosotros velamos las sombras, majestad, escuchamos lo que se habla, seguimos rastros, leemos en los ojos las palabras que nadie se atreve a decir. Pero las letras, ésas no las sabemos leer.

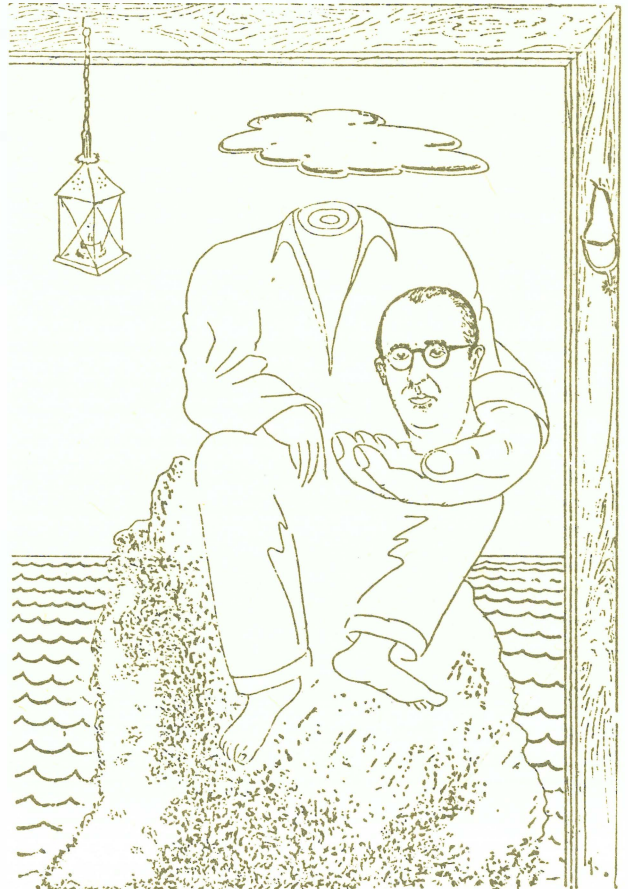
EL REY.—(Al Guardasellos). Mira tú lo que dice ahí.

EL GUARDASELLOS.—(Lee para sí y se vuelve para el rey). ¡Majestad, esto tiene todo el aspecto de ser una traición!

EL REY.—¡Lee, que te escucho!

EL GUARDASELLOS.—

Vi un ave carmesí
 volar por el alto cielo
 con las alas de rubí.
 La vi morir.



Alvaro Cunqueiro: Autorretrato. 1951.

CENTINELA PRIMERO.—(Al centinela segundo). ¡Igual son los astros, que hablaron!

EL REY.—¿Sólo estuvo aquí el extranjero de Tesalia?

LOS DOS CENTINELAS.—(Arrodillándose). ¡Nadie más, majestad!

EL REY.—(Al centinela primero). ¿No viste nada?

CENTINELA PRIMERO.—Sólo un perro, el extranjero de Tesalia y los dos que andaban jugando por aquí.

EL REY.—¿Y tú?

CENTINELA SEGUNDO.—¡Tampoco vi a nadie, majestad! El perro, el extranjero, un niño y una niña que jugaban.

EL GUARDASELLOS.—¡Cosa rara en verdad!

EL REY.—Puede ser algún secreto aviso.

EL GUARDASELLOS.—Si es algo, es una traición.

EL REY.—Puede ser un aviso de los astros. ¡Nunca escucho a los astrólogos! Pueden haber resuelto hacer esto para que los atienda de una vez. ¡Hay que interpretar ese escrito! ¡Que venga los astrólogos!

Los espías salen corriendo escaleras abajo.

EL REY.—¿Qué pude haber hecho para que se me pongan hostiles las estrellas? Hago justicia desde mi trono conforme a las leyes de mis antepasados, guardo las fronteras del reino, pido a los dioses buenas cosechas de trigo. ¿Por qué me desasisten los astros? ¿Acaso no sé su nombre?

Llegan los astrólogos. Se dirigen hacia la puerta, tras hacer tres reverencias al rey.

ASTROLOGO PRIMERO.—¡Con letras de oro hablaron los astros!

EL REY.—¿Qué dicen?

ASTROLOGO SEGUNDO.—¡No lo sabemos! Pero es verdad que los astros hablaron.

EL GUARDASELLOS.—¡No hay en este escrito nada importante, majestad! ¿Por qué no han de morir las aves? ¡Todo eso es poética!

Llegan dos astrólogos más, cubiertos con mantos negros.

EL REY.—¿Por qué se visten de negro los astrólogos?

EL GUARDASELLOS.—Son gentes misteriosas, que le echan mucho teatro a sus ritos.

EL REY.—Van vestidos de negro. Algo malo están viendo. El pueblo se enterará y dirán que cambió la fortuna del gran rey.

EL GUARDASELLOS.—El pueblo no debe saber nada de eso.

EL REY.—Ha de haber algún astrólogo que sepa interpretar lo que está escrito en mi puerta.

ASTROLOGO TERCERO.—¡Yo lo interprete, majestad!

EL REY.—¡Pues habla! Si interpretas correctamente, tendrás un collar de turquesas y un asiento junto a mi trono.

ASTROLOGO TERCERO.—(Cubriéndose con el manto negro, se arrodilla y medita). ¡Hablaré por los astros!

EL GUARDASELLOS.—¡No hay sentencia de los astros! Algún insolente escribió eso con ánimo de perturbar.

EL REY.—No temo la sentencia por mí mismo. Heredé de mis abuelos y de mis padres una tierra pedregosa y umbría, e hice de ella un jardín. Donde crecían los cardos crecen ahora las rosas, y los nabales llegan desde los oteros al río. Conquisté provincias al norte y al este, y bajo leyes sabias mi pueblo parece vivir feliz. ¡Quitzá los astros no me lo perdonen!

EL GUARDASELLOS.—¡Majestad, no fueron los astros, sino un necio quien escribió estos versos, que además están mal contados!

EL REY.—¡Que hable el astrólogo!

El astrólogo que estaba arrodillado se levanta y se dispone a hablar.

ASTROLOGO TERCERO.—¿Quién hay mayor que nuestro rey entre los humanos? ¡Nadie! Pero, ¿no es verdad que nuestro rey, tan poderoso, olvidó las antiguas plegarias? ¿Serías

capaz de recitar, majestad, ahora mismo y de memoria las oraciones de la estrella matutina?

EL REY.—No. No sabría.

ASTROLOGO TERCERO.—En riqueza y poder sobrepasas a todos los reyes que hubo entre nosotros. Tu mismo padre no te reconocería. Los extranjeros, sin que nadie se lo mande, llegan hasta ti de rodillas, y hubo quien cegó al mirarte.

EL GUARDASELLOS.—¡Eso fue cosa de propaganda!

ASTROLOGO TERCERO.—¡Majestad, en esa puerta tuya está escrita una sentencia de los astros! ¡En oro puro! ¡Los astros escribieron con su mano de luz! La mano de luz de los astros son los dioses inmortales.

EL REY.—¿Qué dios fue?

ASTROLOGO TERCERO.—¡No le hace falta tener nombre para ser dios!

EL REY.—¿Se trata de un aviso o de una sentencia?

ASTROLOGO TERCERO.—Los astros no hablar por hablar.

EL REY.—Entonces, ¿es una sentencia?

ASTROLOGO TERCERO.—¡Sí!

EL REY.—Fui y soy un gran rey. Ningún otro rey de la tierra pudo vencerme. Si caigo, las crónicas dirán: «Tuvo que bajar un dios con la sentencia de los astros para arrojarlo del trono». También dirán de mí: «Hizo bien a los hombres y les dio tierras verdes y rebaños».

ASTROLOGO TERCERO.—Mejor es adorar a los astros que hacer bien a los humanos. Mejor es ser humilde delante de los astros que soberbio entre los reyes de la tierra.

EL REY.—¡Que los astros me escuchen y sacrificaré a un infante del reino! ¿Aceptarán los dioses este sacrificio?

ASTROLOGO TERCERO.—¡No se puede rechazar un sacrificio hecho a los astros!

EL REY.—¡Dicen que los dioses aman a los niños!

ASTROLOGO TERCERO.—El sacrificio ha de hacerse ante la puerta de hierro.

EL REY.—¿Cambiarán los astros esta sentencia?

ASTROLOGO TERCERO.—Eso nunca se sabe.

EL REY.—¡Temo que no hagamos lo que haga falta!

ASTROLOGO TERCERO.—¡Haz algo más! Despójate de tu gran corona de aparato y del cetro real, y déjalos tirados junto a la puerta de hierro. Los astros lo que quieren es castigar tu soberbia. Tu orgullo asciende a los siete cielos, y es como una niebla que les quita brillo.

EL REY.—Sacrificaré mi corona y mi cetro. ¡Que traigan la corona ceremonial de oro puro y piedras preciosas y el cetro!

Entran cuatro soldados con la gran corona redonda, y la posan en el suelo, a una indicación del rey.

EL REY.—¿Es bastante?

ASTROLOGO TERCERO.—Los astros aceptan a los reyes sin orgullo.

EL REY.—¿Mando fundir la corona y reparto el oro entre los astrólogos?

ASTROLOGO TERCERO.—No sería mala cosa, pero antes deja la corona junto a la puerta real, para que la vean las estrellas.

EL REY.—¡Ahí queda, pues! Y mañana será el sacrificio.

LOS ASTROLOGOS.—¡Estaremos presentes!

EL REY.—Aquí queda esta corona mía que hace temblar a todos los reyes de la tierra. Y ahora me quito las sandalias y me dirijo descalzo a la torre, a mirar cómo brillan los astros.

ASTROLOGOS.—¡Los astros miran también para ti! ¡Y no te olvides de fundir la corona de tu inmenso poder y de tu gran orgullo!

EL REY.—¡No me olvidaré! Pienso que quizá pudiéramos pasar sin hacer el sacrificio. Yo también tengo niños pequeños.

ASTROLOGO TERCERO.—Bastará con que dejes la corona y el cetro junto a la puerta de hierro, y así, cuando vengan los astros a hacer daño a tu reino, verán que estás haciendo penitencia, y se irán.

EL REY.—¡Mi conciencia queda en paz, como rey y como hombre!

Se van todos. Junto a la puerta de hierro queda la enorme corona real, con el cetro a su lado, en el suelo. Nadie en escena. Entra el niño, y se para ante la corona real, redonda como el aro que pidió para jugar. Coge la corona y el cetro, y juega con el aro, dando unas pasadas ante la puerta de hierro.

EL NIÑO.—(Arrodillándose). ¡Gracias, puerta del palacio del rey, por haber escuchado mi petición! ¡Que los astros te sean por siempre benígnos!

Se va el niño, empujando con el cetro el aro, la corona real. En el cielo se han asomado todas las estrellas.

TELON

NOTA PARA LEER DESPUES DE QUE CAIGA EL TELON.

Hace veinte años o más, quien esto escribe imaginó una historia en la que un niño, delante de la puerta del palacio real, dejaba una carta pidiéndole al rey un caballito de madera. Por una



J. M. Monte

Alvaro Cunqueiro.

serie de circunstancias, en las que entraba un castigo a la soberbia del reinante, éste tuvo que deshacerse de su caballo alazán, que el niño encontró cuando fue a buscar su caballito de madera, y lo tomó como regalo que le hacía el señor rey. El año pasado, cayó en mis manos una pequeña pieza teatral de lord Dunsany, que lleva por título *La sentencia dorada*, y cuyo asunto es más o menos el de la historia que yo imaginara en otro tiempo, y que dejé a medio escribir. Ahora mismo me pongo a verter a nuestro habla la pieza de lord Dunsany y sale más que una traducción, ya que le añado alguna escena y diálogos sacados de mi magín. El niño de mi historia, en vez de con un caballito de madera, se encontró con el caballo real. El niño del cuento de lord Dunsany, pidiendo un aro, se encontró con la corona de oro del rey. Pero el cuento viene a ser el mismo.

Pienso que si a lord Dunsany, el soñador, le llegase noticia de mi entrometimiento en esta piecita suya, no me lo tomaría a mal. Ni quizá siquiera que pusiese mi nombre junto al suyo.

(Traducción: José Doval)

